

da por los contingentes de esta provincia, los de la provincia de Orán, 6.000 kábilas y 1.000 genizaros, se dirigió por un profundo desfiladero contra la derecha de la línea enemiga para envolver á la 3.^a brigada de la división Berthezène y á la división Loverdo. Los caballos de frisa y lanzas que cubrían el frente de las dos primeras brigadas de la 1.^a división no bastan á detener á la caballería turca; estos obstáculos son arrancados por soldados de infantería mezclados en sus filas, á pesar de una lluvia de balas tiradas á boca de jarro; la mayor parte de ellos perecen, pero quedan abiertas las brechas, avanzan los genizaros y van á plantar sus banderas en medio de los vivaques franceses. Entonces se baten cuerpo á cuerpo, á sable y á la bayoneta; el terreno se cubre de cadáveres. El general Bourmont llega entonces al campo de batalla; ve á la primera línea de sus tropas abierta en varios puntos; en vez de dejar á sus batallones en la defensiva, da la orden de reunirlos en columna cerrada y avanzar. La división Loverdo, encargada principalmente de este movimiento, llena con sus batallones los intervalos de la primera línea, mientras los tres regimientos de la 3.^a división salen del campo de Sidi-Feruch para apoyar á las dos primeras y servirles de reserva en caso de necesidad. Los batallones franceses se ponen en movimiento: las dos primeras brigadas de la división Berthezène rechazan á los genizaros de la milicia de Argel, que se repliegan tiroteando; la 3.^a brigada y la división Loverdo alcanzan á los contingentes de Constantina y de Orán y les derrotan en el desfiladero por donde han avanzado.

La marcha de las columnas francesas, que avanzan compactas y firmes, á través de una confusa multitud de tropas que luchan en desorden y que ametrallan con prodigiosa rapidez varias baterías que preceden á las dos divisiones, conduce pronto á éstas al pie de la meseta, y los soldados toman los dos reductos y las baterías que defienden el campo árabe.

Hasta aquel momento, la retirada de los árabes y de los turcos no había sido más que un combate continuo y encarnizado; pero, á la vista de la infantería francesa, que, dueña de sus reductos y de su artillería, corona la meseta, los argelinos se turban, se acobardan y se dispersan en todas direcciones, abandonando su campo, sus tiendas, sus municiones y sus víveres. Por la noche, las divisiones Berthezène y Loverdo descansaron bajo las tiendas ocupadas hasta aquella mañana por el enemigo y comieron de sus víveres. Los cortesanos del Estado mayor colocaban esta batalla por cima de las inmortales jornadas de las Pirámides y de Heliópolis, proclamaban la campaña concluída y afirmaban que el ejército no tenía más que presentarse delante de Argel para que se le abriesen las puertas. El general Bourmont acababa de mostrarse hombre de guerra; lejos de ceder al impulso de su Estado mayor, anunció la resolución de permanecer provisionalmente en la meseta. Aún faltaba desembarcar la caballería, y el convoy de municiones, material y artillería de sitio, contrariado por los vientos, no había sido aún señalado siquiera. Resuelto á esperar estas fuerzas, el general en jefe dispuso así el ejército: las dos primeras divisiones permanecieron acampadas en la meseta que acababan de tomar; la tercera, menos un batallón, fué escalonada entre Stauél y la península, cuyos atrincheramientos se

completaron y que, transformada en depósito central de víveres, municiones y ambulancia, fué confiada á la guardia del batallón de que acabamos de hablar y de 1.500 marinos de las tripulaciones de guerra. Una serie de reductos y blocaos construídos entre Sidi-Feruch y la posición ocupada por el grueso del ejército acabaron de asegurar su comunicación.

Los días 20, 21, 22 y 23, no hubo de una y otra parte más que escaramuzas en que los árabes, merced á la naturaleza del terreno, á sus hábitos de guerra, al alcance y precisión de su tiro, causaron un daño considerable á las vanguardias francesas. Pero, el 24, vueltos de su espanto, los argelinos, en número de unos 20.000, atacaron las avanzadas del campo de Stauél. La división Berthezène, sostenida por parte de la división Loverdo, marchó contra ellos con el mismo orden, con la misma firmeza, con la misma rapidez y con el mismo éxito que en la jornada del 19. El enemigo fué derrotado en todas partes y perseguido durante dos leguas por los regimientos expedicionarios, á quienes precedía, por primera vez, un escuadrón de cazadores que había desembarcado el día antes. Un solo oficial, M. Amadeo de Bourmont, uno de los cuatro hijos que llevaba consigo el general en jefe, fué mortalmente herido en aquella acción, después de la cual las cabezas de las columnas invasoras se encontraron en Sidi-Kalef, en el valle de Backeh-Dereh, donde acamparon. Esta nueva posición, dominada por alturas sobre las cuales los argelinos establecieron dos baterías, exponía las tropas encargadas de guardarla á bruscos ataques y á sorpresas que duraron desde el 25 hasta el 28, con pérdidas bastante considerables. La 3.^a división (Escars), que acababa de reemplazar en la vanguardia á la división Berthezène, que no había cesado de batirse desde su desembarco, tuvo allí, en cuatro días, 900 hombres fuera de combate. Por fin el convoy que traía la gruesa artillería y los caballos de tiro desembarcó la mayor parte de este material el día 27, y, en la mañana del 28, el general Bourmont dirigió las dos divisiones Berthezène y Escars sobre el punto culminante del ancho grupo de montañas en cuya base se asienta Argel, mientras la división Loverdo, avanzando hacia una estribación menos elevada, marchaba contra un fuerte situado encima de la población y conocido con el nombre de castillo del Emperador. Pocas horas después de haberse puesto en marcha, el general en jefe, ya en la meseta superior, veía extenderse á sus pies el fuerte hacia el cual se dirigía el general Loverdo, Argel, su ciudadela ó Casbah, la costa y todas sus baterías. Por la tarde, la división Loverdo, después de haber vencido innumerables obstáculos causados por lo quebrado del suelo, por la espesa vegetación que lo cubría y por el tiroteo del enemigo, situóse á su vez á unos quinientos metros más arriba que el castillo del Emperador.

Aunque situado en un promontorio dominado por las vertientes en que las tres divisiones francesas acababan de tomar posición, este fuerte dominaba á Argel y á la Casbah, residencia del dey. Sus murallas y las plataformas de sus torres contenían 120 cañones de grueso calibre y varios morteros. Los más hábiles artilleros del dey y 1.500 genizaros se habían encerrado en esta fortaleza jurando sepultarse en sus ruínas.

La descubierta de sus inmediaciones y el cerco se

operaron el día 30. El general Valazé empezó aquel mismo día una trinchera de 1.000 metros de longitud, que, á pesar del fuego y de las salidas de la guarnición, encontróse el 2 de julio bastante avanzada para poder principiar la construcción de tres baterías de sitio destinadas á recibir 26 piezas de grueso calibre. La instalación y armamento de estas baterías quedaron concluídos la noche siguiente, y el día 4, al amanecer, á la señal de un cohete, las 26 piezas abrieron contra el

cañones, bombas, balas, maderos, piedras enormes y cadáveres que cubren el suelo en una extensión considerable. Cuando la lenta dispersión ó la caída de todas las materias pulverizadas por la explosión hubo disipado la nube de polvo y de humo que envolvía á la fortaleza, la mirada no abarcaba más que ruinas: la parte superior de la gruesa torre central había desaparecido; las murallas de los dos lados principales del recinto fortificado habían caído y el resto estaba medio derrumbado.



Bombardeo de Argel en 4 de julio de 1830. (Cuadro existente en la galería histórica de Versalles.)

castillo el fuego más terrible. Los turcos contestaron con admirable energía. Eran ya las nueve de la mañana cuando cesó el fuego. Todos los cañones de las murallas y de las torres estaban desmontados, rotas las cureñas, muertos ó heridos los artilleros, hundidas las casamatas; montones de cadáveres cubrían literalmente todos los terraplenes y llenaban el foso de la fortaleza; los débiles restos de la guarnición acababan de refugiarse en la torre central con la resolución de perecer en ella.

Al enterarse de ello, Husseyn toma una resolución desesperada; no quiere que la toma del castillo sea únicamente fatal para sus heroicos defensores; si la fortaleza ha de sucumbir, el dey quiere que los soldados franceses sean sepultados bajo sus ruínas. Ordénase la evacuación del fuerte, y en el momento en que las tropas sitiadoras, viendo cesar toda resistencia, se disponen á escalar las brechas abiertas por todas partes, estalla una espantosa detonación: la gruesa torre central salta, se entreaire y deja escapar una espesa columna de fuego y humo, que, elevándose á unos quinientos pies de altura, se ensancha, se extiende, cubre de un velo sombrío parte del horizonte y deja caer en seguida

Los soldados franceses, conducidos por el general Hurrel, se apoderaron del abandonado castillo, donde establecieron baterías destinadas á bombardear la Casbah.

La rápida destrucción de este castillo sumió al dey en el más profundo abatimiento. En Argel reinaba una espantosa confusión; toda idea de resistencia había sido abandonada; empezaban á manifestarse síntomas de rebelión, y las baterías francesas montadas en los cerros que dominaban la plaza se mostraban dispuestas á destruir la ciudadela y la ciudad. A las dos de la tarde, el secretario particular del dey se presentó en las avanzadas á parlamento. Recibido en las ruinas del castillo del Emperador por el general Bourmont rodeado de su Estado mayor, ofreció, en nombre de Husseyn, pagar la retirada de los soldados franceses con todas las satisfacciones durante tanto tiempo negadas por el dey, el cual renunciaría además á todos sus créditos contra Francia, devolvería al comercio de esta nación todos sus privilegios, les aumentaría, si necesario fuese, y pagaría los gastos de la guerra. Estas proposiciones fueron rechazadas: el general en jefe exigía que el dey, sus tropas y la ciudad se rindiesen á discreción. Momentos

después, presentóse en el castillo el cónsul de Inglaterra ofreciendo su mediación, que Bourmont no quiso aceptar. Dos nuevos parlamentarios siguieron al cónsul británico: un turco y un moro llamado Buderba, que había vivido mucho tiempo en Marsella y hablaba bien el francés. Este último hizo observar al general en jefe que los turcos veían en la palabra «á discreción» el sacrificio de sus personas y de sus familias, la pérdida de sus bienes, y que antes que sufrir tal condición, se sepultarían bajo las ruinas de la ciudad. Bourmont se limitó entonces á pedir la entrega de Argel y de sus fuertes; se respetaría la vida del dey, que podría retirarse con su familia, su servidumbre y sus riquezas particulares adonde le diese la gana; lo mismo podrían hacer los soldados de la milicia turca; los habitantes conservarían el libre ejercicio de su religión; las leyes, las costumbres y la propiedad serían respetadas; todo el mundo sería protegido en su comercio y en su industria. Aquella misma tarde, estas condiciones fueron aceptadas y firmadas por el dey.

El 5 de julio, por la mañana, veinticuatro horas después de la destrucción del castillo del Emperador, y veintiún días después del desembarco de las tropas en tierra africana, el cuerpo expedicionario entró en Argel, añadiendo al territorio francés vastas posesiones cuya conquista, fuente de riqueza para el porvenir, proporcionó desde el primer momento á la hacienda de la monarquía recursos superiores á los gastos que había ocasionado. Estos gastos ascendían á 48.500.000 francos. Un tesoro acumulado desde siglos hacía por los deyes y que fué escrupulosamente inventariado, hizo ingresar inmediatamente en las arcas del Tesoro 48.684.527 francos 94 céntimos, sin contar un valor aproximado de 11 millones de francos representados por lanas y géneros de toda especie, encontrados en los almacenes de la Regencia, y por 1.542 cañones, 674 de los cuales eran de bronce, y que constituían el artillado de Argel y de todos los fuertes dependientes de esta plaza.

El 9 de julio, un parte telegráfico de Tolón transmitió á París la noticia de tan brillante hecho de armas. Fijada en la Bolsa, mientras el cañón de los Inválidos la anunciaba á la población; publicada en los teatros y celebrada aquella noche misma con la iluminación de los edificios públicos, la noticia produjo en todas las clases oficiales un entusiasmo que contrastaba con el sentimiento de vaga inquietud que podía observarse en las demás clases, y que disimulaban bastante mal los elogios otorgados por los periódicos de oposición á las tropas expedicionarias. Según los liberales, el éxito de las armas francesas había de contribuir á que Carlos X extremara las medidas de violencia con cuya amenaza tenían preocupados á los espíritus.

El día 10, el arzobispo de París publicó un mandamiento anunciando que el día siguiente, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, se cantarían en la iglesia metropolitana un *Te Deum* al que asistiría el rey. «¡Tres semanas han bastado, añadía, para humillar y reducir á la debilidad de un niño á ese musulmán hace poco tan soberbio! ¡Así sean tratados doquiera y siempre los enemigos de nuestro señor y rey; así sean confundidos todos los que osan sublevarse contra él!» El día siguiente, recibiendo al monarca á la puerta de la catedral, este prelado le dijo, entre otras cosas: «La mano del Todopoderoso está en vos, señor. Que vuestra gran alma se haga cada vez más firme; vuestra confianza en el divino auxilio y en la protección de María, Madre de Dios, no será vana. ¡Pueda Vuestra Majestad recibir pronto de ella una nueva recompensa!»

El arzobispo de París ignoraba por completo las deliberaciones del consejo de ministros; hablaba como cortesano que conoce y quiere halagar las secretas pasiones de su rey; pero su lenguaje concordaba de tal modo con los rumores que circulaban sobre las violencias proyectadas por el gobierno, que sus obscuras y devotas exhortaciones al monarca parecieron alusiones directas á medidas de las cuales tenía noticia confidencial. La impresión de aquel lenguaje fué tanto más viva cuanto que el mismo día un periódico ministerial publicó las líneas siguientes:

«La ley que ha vuelto á traer á los 221 (los diputados que firmaron el famoso Mensaje) será cambiada. Lo será, antes de tres meses, por una ley, ó, si es preciso, por un decreto; lo será por una Cámara ó por el rey.»

Semejantes amenazas distrajerón la atención pública de los sucesos de Argel. El interés de esta guerra desaparecía ante la lucha electoral que en aquel momento se hallaba empeñada en París y en diez y nueve departamentos. El día siguiente, 12 de julio, se verificaban las elecciones aplazadas el 18 de junio. Los electores acudieron en masa á los comicios. París tenía que elegir ocho diputados; los nombres de los ocho candidatos de la oposición salieron de la urna casi por unanimidad de votos. En los departamentos la votación no fué menos desastrosa para el ministerio que la de la serie anterior. El resultado general de las elecciones de ambas series resultaba el siguiente: diputados á elegir, 428; diputados de la oposición, 270; ministeriales, 145; á los 13 restantes se los disputaba uno y otro partido. Pero todos aquellos nombramientos resultaban sin objeto: la nueva Cámara no había de reunirse bajo el reinado de Carlos X; hacía diez días que el consejo de este príncipe discutía una serie de medidas que habían de abrir el abismo en que él y su familia iban á verse precipitados.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

Consejos de ministros celebrados en Saint-Cloud bajo la presidencia del rey; adopción de medidas ilegales.—Reuniones políticas.—*El Nacional*.—Situación política de Europa.—Carlos X y Polignac.—Fuerza del ejército; guarnición de París. Ofrecimientos de los jefes realistas del Oeste.—Saint-Cloud antes y después de la misa. El gabinete del rey. Consejo de ministros; firma de los decretos.—Periodistas y diputados. Reunión en las oficinas del *Nacional*. Protesta de los periodistas.—Agitación en la Bolsa, y en el Palais Royal. Tranquilidad de los ministros. El rey. Marmont en Saint-Cloud y en el Instituto.—Reunión de electores en la redacción del *Nacional*. Reunión de diputados en casa de Laborde.—Polignac y Carlos X.—Instalación de Marmont en el Carrousel.—La clase media, la Restauración y la clase laboriosa.—Los operarios de imprenta. El *Nacional* y el *Temps*. Autos de prisión contra 41 periodistas. Grupos en el Palais Royal; cargas de caballería; primeros tiros.—Reunión de diputados en casa de Casimiro Perier.—Primeras barricadas. Nuevas cargas de caballería. Tropas en movimiento. Incendio del cuerpo de guardia de la Bolsa.—Aspecto de París el 28 de julio. Destrucción de los escudos reales. Aparición de la bandera tricolor.—Carta de Marmont á Carlos X. Primer plan del mariscal. París declarado en estado de sitio.—Nueva reunión de diputados. Toma de posiciones de las columnas. Carácter de la lucha.—Segunda carta de Marmont á Carlos X. El mariscal y Arago. Orden de arresto contra siete diputados.—Entrevista de cinco diputados con Marmont.—Proposiciones de conciliación hechas por conducto de Vitrolles á Carlos X.—Situación de las tropas.—Saint-Cloud.—Escasez de víveres.—Abandono de Hotel de Ville. Concentración de tropas en el Louvre y en las Tullerías.

En el consejo celebrado el 4 de julio, los ministros discutieron ante el rey y el Delfín la situación que les creaba la vuelta segura de la Asamblea que les había negado su concurso. El presidente del consejo y tres de sus compañeros de gabinete se manifestaron dispuestos á retirarse, diciendo que su dimisión podía facilitar alguna nueva combinación ministerial favorable á los intereses de la monarquía. El rey no quiso admitirles la dimisión y les ordenó que examinasen de nuevo si el artículo 14 de la Carta autorizaba á la corona para tomar por sí sola las medidas que creyese necesarias para la seguridad del país.

En principio, la cuestión había sido resuelta por el consejo de ministros; éstos no se ocuparon ya más que de los medios de aplicación, siendo emitidas las opiniones más diversas, sin que prosperase ninguna. Lo que acordaron fué reemplazar el régimen electoral vigente y la última ley de imprenta con una nueva legislación que diese al gobierno toda influencia en la elección de los diputados y todo poder sobre la publicación de los periódicos. El rey, conforme con este acuerdo, manifestó que sólo faltaba examinar la cuestión de oportunidad. El señor de Polignac afirmó que había llegado el momento, pues se tenía noticia de secretas reuniones en el seno de París y de positivos proyectos de agresión contra el gobierno. «El espíritu de revolución, añadió el rey, no ha abandonado jamás á una parte de la población; se halla representado en la Cámara por la izquierda. Fingen ir sólo contra vosotros, pero van contra la monarquía. Me dicen: *Despedid á vuestros ministros y nos entenderemos*. Pero yo no os despediré; en primer lugar, porque os aprecio, y también porque si yo cediese á esa exigencia, me tratarían como trataron á mi pobre hermano; su primer retroceso fué la señal de su perdición; yo no quiero retroceder como él; sobre este punto tengo harta experiencia.» En apoyo de su opinión, el rey refirió que un inglés muy distinguido, perteneciente al partido radical, le había revelado, pocos días antes, los planes de la oposición izquierdista, tales como dicho extranjero los sabía del general Sebastiani. «Al rey se le quiere personalmente, ha dicho, al parecer, este general; pero la dinastía de los Borbones no

conviene á Francia: haremos los mayores esfuerzos para desembarazarnos de ella; y si lo conseguimos, aseguraremos á esta familia una existencia decorosa en país extranjero, por ejemplo, en Roma.» Esta anécdota pareció impresionar vivamente á los ministros á los ojos del rey, quien les dijo que aprobaba sus medidas y les encargó que se ocupasen sin tardanza de los medios de aplicación. Peyronnet redactó el decreto sobre el nuevo sistema electoral, y Chantelauze preparó el relativo á la imprenta, como también el dictamen que había de preceder y justificar esta doble violación del pacto constitucional.

Los rumores de reuniones secretas y de proyectos de agresión repetidos por Polignac no tenían más fundamento que ciertos informes de una policía menos amiga de la verdad que deseosa de hacer méritos en concepto del poder que la pagaba. La única organización política existente era la sociedad titulada *Ayúdate y el cielo te ayudará*, y ésta no conspiraba. Fuera de esta asociación, no hubo en aquella época más reuniones políticas que la celebrada en casa del duque de Broglie, uno de los jefes del partido constitucional en la Cámara de los pares, y á la cual asistieron, entre otros, los señores Molé, Sebastiani, Guizot y Odilon Barrot. Tratóse de la conducta que había de adoptar la oposición en caso de que el rey recurriese á medidas anticonstitucionales, y acordaron negarse individualmente á pagar la contribución, procurar que las Cámaras desechasen los presupuestos, en una palabra, resistir por todas las vías legales. «¿Y si esta resistencia resultase insuficiente? ¿Y si se recurriese á la fuerza?, ¿qué habría que hacer?» preguntó uno de los concurrentes. La pregunta originó algunos murmullos, y la reunión se disolvió sin haberla discutido.

La generalidad de los adversarios de la Revolución de julio han citado, como una prueba de la existencia de un complot cuya explosión evitó Carlos X recurriendo al artículo 14 de la Carta, la creación y la polémica del *Nacional*, periódico fundado con dinero de un gran número de liberales acérrimos y dirigido por Thiers, conocido ya entonces como publicista erudito, espíritu ágil y polemista audaz, á quien secundaban varios co-